

El concepto de democracia

Jaime Augusto Shelley

De pocos conceptos se ha abusado tanto como de democracia, que hoy cobija todo menos el sistema de gobierno que los griegos idearon

AL TERMINAR LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, Winston Churchill visitó Estados Unidos y fue invitado al Congreso, donde dio un emotivo discurso. En él abordó la amenaza que representaban “para las *democracias occidentales*” la Unión Soviética y sus ramificaciones por todo el mundo. A partir de entonces comenzó a utilizarse de manera generalizada el término *democracia* para suplir al antes utilizado de *república*. Churchill representaba a un imperio que luchaba desesperadamente por conservar su dominación colonial. El discurso fue emitido para un país, Estados Unidos, con características claramente oligárquicas, racistas y clasistas, así como deseos muy precisos de convertirse en la primera potencia mundial que sustituyera la hegemonía británica, todo ello disfrazado de democracia.

En Washington y en el resto del “mundo libre”, el mensaje fue recibido con enorme entusiasmo. De inmediato, países con regímenes totalitarios empezaron a cambiar los términos y a asumirse como gobiernos devenidos de la voluntad popular. Nadie cuestionó la existencia de los Franco, los Somoza, los Stroessner, los Duvalier, los Batista, en el amplio espectro del “mundo occidental”.

Parece que nadie tampoco llamó a revisar el término. Se cumplía así el sueño del Doctor Joseph Goebbels: repetir una mentira hasta que se acepte como verdad inamovible.

El concepto de *democracia* viene de la tradición clásica griega. Denota el “gobierno de los más”, es decir los pobres, en oposición al “gobierno de los menos”, o sea los ricos.



Aristóteles estudia prolijamente los sistemas de gobierno conocidos en su época buscando la mejor manera de conducir a un país (o a una ciudad-Estado como lo era Atenas) y concluye que, si bien hay sociedades que requieren de un sistema absoluto, dada la tradición de cada una, en otras es conveniente pensar en la participación ciudadana.

Establece entonces, como resultado de sus investigaciones, que existen tres tipos de gobierno, a los que llama *virtuosos*:

- *monárquico*: el de un soberano que atiende las necesidades de su pueblo sin pensar en sí mismo;
- *aristocrático*, el de un grupo de personas, los mejores, que persiguen el bien de la comunidad, y
- *republicano*, el de la mayoría de los ciudadanos, que velan por el interés general.

A éstos contraponen las tres *desviaciones perversas*:

- *tiranía*, donde el monarca (o presidente) actúa solo en beneficio propio;
- *oligarquía*, cuando el grupo en el poder es también el más rico y sólo busca acrecentar poder y riqueza, y
- *democracia*, que mira por los intereses de los pobres, sin importarles el bien común: cuando todos se sienten iguales y libres de hacer lo que les venga en gana, este tipo de régimen acaba por degenerar en anarquía.



Después de algunas consideraciones, el espíritu científico más que filosófico del autor, que objeta la propuesta comunista de Platón (véase *La República*), lo lleva a proponer la posibilidad de regímenes mixtos en los que podrían encontrar mayor equilibrio los distintos grupos sociales (verbigracia: monarquía constitucional, oligarquía y democracia, etc.).

El señor Obama fue electo presidente de Estados Unidos por amplia mayoría popular. Se esperaba de él una transformación radical después de los ocho años de Bush. Sin embargo, el complejo industrial-militar lo paró en seco y todo se volvió retórica, manoseos de las finanzas y dádivas como la ampliación del seguro de desempleo. Ni los enormes presupuestos para la guerra disminuyeron, ni el impuesto a los altos ingresos pudo pasar. El presidente Obama debió leer el último mensaje del señor Eisenhower, en el cual se advierte de la existencia de un poderoso grupo industrial-militar que dijo era una amenaza para la sociedad norteamericana. Al parecer, las cosas no han cambiado. Así nos enteramos de quién manda realmente en ese país.

Cuando el señor Fox, un astuto advenedizo al servicio de una industria refresquera, alcanzó la presidencia de la República en nuestro país, proclamó que lo suyo era una democracia por, para y desde los empresarios, y destruyó el delicado entramado que la

transformación radical después de los ocho años de Bush. Sin embargo, el complejo industrial-militar lo paró en seco y todo se volvió retórica, manoseos de las finanzas y dádivas como la ampliación del seguro de desempleo. Ni los enormes presupuestos para la guerra disminuyeron, ni el impuesto a los altos ingresos pudo pasar. El presidente Obama debió leer el último mensaje del señor Eisenhower, en el cual se advierte de la existencia de un poderoso grupo industrial-militar que dijo era una amenaza para la sociedad norteamericana. Al parecer, las cosas no han cambiado. Así nos enteramos de quién manda realmente en ese país.

“dictadura perfecta” había ido tejiendo por muchas décadas en el que las “fuerzas vivas” del PRI tenían una participación acordada con el poder central y recibían parte del botín que se repartía de manera discrecional entre las diferentes nomenclaturas regionales, dando la apariencia de una mayor integración de la familia revolucionaria como la había previsto Plutarco Elías Calles, al reorganizar el partido según el modelo de la Unión Soviética. La anécdota cuenta que Calles, en una mesa de póker con amigos, entre los que se encontraba el embajador mexicano en Moscú, y donde todos perdían aunque tuvieran mejor juego que el presidente, éste externó su inquietud respecto a cómo mantener su control sobre las corrientes políticas al término de su periodo, que era en ese entonces de cuatro años. El embajador le dijo que la solución era seguir el ejemplo de Lenin: hacer del partido la cabeza del poder y dejar en la Presidencia a un funcionario que cumpliera las órdenes del politburó. A Calles le pareció la solución perfecta y así inició una jugada política que funcionó hasta la llegada de Lázaro Cárdenas al poder.

Cuando el PAN accedió a la Presidencia, el frágil equilibrio entre las fuerzas económicas y políticas se fracturó, y aparecieron los ya muy evidentes entretelones del montaje. La oligarquía asumió el poder directamente, sin buscar embozar su toma de poder. Se han logrado destruir en los últimos diez años prácticamente todos los avances en términos de salarios, seguridad social, empleo y crecimiento sostenido. Y además, se ha incrementado la presencia —por demás fuera de la ley— del ejército en la vida cotidiana de los mexicanos, lo cual ha creado zozobra, irritación y miedo en los ciudadanos. Si atendemos a la creciente importancia que han cobrado a últimas fechas los cuerpos militares y de seguridad nacional, así como al aumento de sus efectivos, debe haber quien esté haciendo jugosos negocios en la compra y venta de armas, municiones,

equipamiento e instalaciones como cuarteles, centros de mando, etc. Esto sin contar con las innovaciones tecnológicas de última generación para verse de “primer mundo” a los ojos del amo. Todo ello apunta a una preparación dictatorial por parte de la oligarquía que no desea perder los incalculables beneficios que acumula, en detrimento de la sociedad.

“La corrupción somos todos”, dijo en algún momento, el entonces presidente López Portillo. Y es cierto. Hay dos tipos de mexicanos: el *corrupto pasivo* y el *corrupto activo*. La mayor parte de la ciudadanía es simple espectadora de cuantiosos fraudes, económicos y morales. Eventualmente, se ve precisado alguien de pagar una *mordida*, en vista de las infinitas molestias que implicaría seguir el curso de la ley; de esta manera se ingresa, en muy menor grado si se quiere, en la forma activa de la corrupción.

¿Quiénes son y cómo operan los cárteles del dinero y el poder en México? Son un grupo muy reducido de empresarios, banqueros o usureros, políticos venidos de las empresas, empresarios vueltos a la vida privada, prestanombres y especuladores emprendedores, que militan en cualquier partido, votan leyes y cambios de leyes indiscriminadamente, y amasan enormes fortunas, en un país que año con año muestra un crecimiento raquítico y una incontenible fuga de divisas.

Los políticos y funcionarios mexicanos, los grandes capitanes de la industria y el comercio, una clase lumpen-burguesa, semianalfabeta y codiciosa a más no poder, se ve puntualmente despojada de sus investiduras si se sabe leer la obra de Jean Genet *Las criadas*, donde los personajes juegan con la representación de la autoridad —la *señora*—, aplicándose ellas mismas de manera gozosa el odioso comportamiento que tienen que padecer por parte de su patrona.

¿Seguiremos soportando la mendacidad? ■